

VIVIR SIN LOLA

A Vicente Aleixandre

I

NOCHE TRISTE EN EL CAMPO

*Este rumor, escucha, este rumor
como una melodía de alimañas sube,
música de desgracia, hasta mi pecho
hoy más desamparado que en la vida estuvo
nunca. Hoy más que nunca lloro
esta desolación que es compañía
eterna para el hombre y hoy comprendo
cómo la noche triste sobre el campo es copia natural, ámbito propio
de los dolores vegetales, raros,
que atan la flor herida de la existencia: nudo,
ligazón de la muerte que al paisaje,
tan religioso en el azul de luna, sume en un murmullo sepulcral, sólo
Itransido
por mis sollozos erizados. Pena que, entrecortadamente, asola y
Iacuchilla*

*los nocturnos rumores de un mundo que se aleja de mi entorno.
He acostado a mis hijos
tras la cena de huevos y de ajos, leche
salpicada de migas, poco queso y un abrazo furtivo entre las sábanas
que ribetea el encaje de sus sueños. Abro
no mi sueño, el dolor, frente al postigo
que da a la noche inmensa. Y lloro, lloro, ahorrando el disimulo que
Ia mis hijos,
tan sólo por piedad, quise otorgarles en esta noche triste sobre el
Icampo.*

*Ay, que desolación. Lola se ha muerto.
No quisiera escribir ni un verso más. Sólo entregarme a este llanto
[que fluye, sangre y lágrima
de mi existencia destrozada. No más versos. Agua
que corre a su morir. Llanto y más llanto, en roto manantial
[desesperado,
cuando la noche abreva sus ruidos
en la materia ciega y vegetal. Manchas de sombra como una triste
[música de espliegos
bajo el celeste sortilegio oscuro
del vacío perdurable. Nada honda que agita los silencios de una ciénaga
en donde chapotear sólo mis lágrimas.
Lola se ha muerto. Se me ha muerto Lola.
Y salgo al campo y grito: ¡Lola, Lola! Y sólo me responden los aullidos
de un crispado silencio, más terrible
que el sollozar de mis entrañas, que el raído
dolor de los errores, que ese espanto en que sumimos nuestros días
[precarios.
¡Tiene que estar allí!, me digo. Y corro, atravesando las junqueras,
[cardos
que agosto seca en fuego contenido,
los helechos crujientes, el incendio de las copiosas sombras levantadas
[en torno a mi dolor
y subo al monte y llego
a la demencia de pelados riscos. ¡Lola, Lola! Y lloro, desconsaladamen-
[te. Lloro, lloro.*

II

EL CANTO Y LA EXISTENCIA

*Sé muy bien que el dolor nos hace más humanos.
Que somos como un ciego clavicémbalo
cuyas notas festivas
esconden sonos graves que, en oscuro concurso,
completan la tocata de nuestras pordioseras primaveras.
Hoy, como nunca, escucho este son de la muerte:
sube desde mi pecho
uniéndose al concierto de la maleza negra que, ciega, me acompaña,
redoblando en mis pasos los extravíos del mundo.
Hoy siquiera vosotras, acompañadme, sombras.*

*Nunca cifré mi canto en espumosas flores,
ni me dejé llevar por el bullicio de los riachuelos, ceñido como estuve
[siempre*

*por la alianza de mi propia tumba
y por la sugerencia de mi mortal asiduidad.
Bien pronto he conocido que la sabiduría
sólo puede aprenderse
en el sencillo libro de la muerte.
Que el canto sólo es lúcido cuando nos hace hermano de las sombras.
Y que sólo, familiarmente, nos es dado
transitar entre las gusaneras
cuando el altivo corazón se encuentra libre de todo esto que, liviana-
[mente, hemos llamado vida.*

*Reprimo mis sollozos
ante esta luna de los negros campos,
porque ella convoca la poca lucidez de mi locura
y, aún con lágrimas, digo
que mi desgracia tiene que tornarse cántico.
¿Cómo, si no, vivir algún instante más?
Suicidios ya cometo
en el desprendimiento que da mi vida al canto
y en la proclamación de mis fervores
porque ahora ya tendré que amar los seres desde este lado frío de
[mi existencia.*

*Podría ya perderme en mi destino enmarañado
y cantar a la muerte con la manera más hermosa como es entregarse
[a su hojarasca pálida
y a la luna que cierne con cadavérica ternura.
Llamado por la muerte, asumo mi desesperación en versos tristes
cuando las voces de los muertos,
en el lívido ámbito que contornea la espesura,
me llevan al secreto de la palabra grave y lapidaria,
al canto sepulcral y visionario,
al consuelo lunático que entrega este dolor a los humanos.
En un canto de amor roto y perdido
dije una vez qué pobres somos
y qué pobres habremos de morir. Yo no quisiera
trocar en oda didáctica estos versos
cuando, sencillamente, sólo pueden ser una elegía rabiosa
donde llamo a mi Lola por su nombre de helechos fantasmales y de
[sombras.*

*Cuando la estoy buscando más allá de las sinceridades de las artes.
De toda preceptiva literaria.
Del negocio poético propicio a las lamentaciones mortuorias.
Maldigo ahora toda esta basura de escribir
si no ha de escribirse con el corazón deshecho por las lágrimas
y por las puñaladas de un dolor sin adornos.
Te pido, hermano, tregua
para mi boca lacerada. Deja
que ordene ya mi triste compostura para no darte sólo mi dolor. No
[viniste
al entierro de Lola, ni estuviste en su velorio blanco. Sin embargo
tú que tan bien conoces
aquella maestría de ultratumba
que, al lado de la muerte, nos declara
la exquisitez del sentimiento hondo,
cuya música es el límite del ser;
tú que también buscaste
esa blanca verdad que da a la vida el reconocimiento de la muerte,
[estabas
tan cerca ya de mí que no es extraño
mezcle, por confianza natural, tu voz tan viva con las conversaciones
[de los muertos.*

III

COMO LOS CIELOS QUE AVECINAN FLORES

*Lola, Lola, mi Lola, si es verdad
que puedes escucharme como escuchan
la voz de los poetas esas sombras donde se pierde y queda todo canto,
[oye
no el aullido que brota
desde la entraña de mi ser, sino la música de una consolación que,
[mansa y leve,
como los cielos que avecinan flores, tras la desolación de la tormenta,
se cierne ahora sobre mi vida destrozada. Llanto
que riega dulcemente tu memoria como al rosal de un muerto que no
[crece
pero que puedo aún cuidar. Esto me queda
y la melancolía de haberte dado no mi vida mejor, la más soturna:*

nieblas sólo para la acompañante
del gallo de las sombras, del cantor de aquella lucidez ultramundana
con que el destino me ciñó a la muerte.
Tú conocías bien este trabajo
doloroso y nocturno. Mi palabra vino desde las sombras. Siempre,
[siempre
esquivé toda gloria y toda luz
porque sabía que el cantor es eco de todos los pensamientos reunidos
bajo la fosa del dolor. Fermento y grito
cuyo perfume expande a los humanos una filosofía y un consuelo
acerca de las tristes corrupciones que, en la tumba, nos unen y nos
[ligan
en esa zarabanda compartida de la desolación sin esperanza.
Mi voz ahora es tuya, porque llega
de esa noche absoluta de los nichos. Barca que nos naufraga en un
[error de cuna,
que es hoja en el otoño de los vivos, viento que nos derrota en su
[caído espanto.

¡Desde la poesía te tengo! Como tengo
a mi padre, a mi hermanita Elisa, a todos
mis queridos difuntos. Ya estás, Lola, junto a todos los muertos que
[he llorado,
en la maleza de la noche, oscura verdad de mi existencia y coro que,
[infatigable y torpemente, imito.
Acostumbrado ya a este espanto hondo,
puede mi pensamiento convocar el sortilegio de vuestras reuniones,
denso y hondo perfume
que aclara mis sentidos y los abre a vuestra voz unánime, concierto
de la sabiduría y de la música
que sólo al emplazado por la muerte revela su cerrada realidad, ámbito
[sórdido
y, sin embargo, necesario y cierto
para quien, lira entre las sombras, ama
a todos los humanos y los llora tan prematuramente que una madre,
[sólo, en el dolor del parto, iguala
tanta muerte al crear, uniendo al fruto
honda desolación. Tú naces, Lola, de la quimera de estas pobres
[lágrimas
y, como un loco que desdobra el mundo
en pañales de luz y en campanadas,

*imaginando fiestas donde hay solamente un fulgor de fuegos fatuos,
río, lloro, te canto, te bautizo con agua de mis ojos descreídos,
invento mi religión desde tu nada. Y bebo,
hasta caerme ebrio, el vino de mis lágrimas.*

*Y, sin embargo, sé que tú me llamas
hacia esa maleza que los hombres temen atravesar. No es valentía,
[sino es amor ahora el que me empuja
hacia la claridad que, en luna, tejes
alrededor de mis sentidos. Dulce, fosfórica presencia de tus manos
[que, suavemente, me acaricia y lleva
a la última verdad. Tú acompañaste
mi deambular sombrío. Ahora ilumina
todas mis soledades y destierros
con esa ciencia que trasmina y vierte
tu yacija de rosas desprendidas. Libre, como esa primavera inalcanzable
[que vuela en la mudez de la hermosura
desatada y gloriosa, me encaminas
pura y pálidamente hacia la luna de tu luz cereal, fuera del límite del
[dolor y el pavor. Ahora me enseñas
el canto más humilde y el más sabio.*

IV

AMARGAS Y TERRIBLES SOMBRAS

*Mas escuchad, vosotras, amargas y terribles sombras.
No estoy solo. Temed, como yo temo
el poder de los muertos. Mi escritura
será una maldición si no entendéis cuanto de angelical y de sincero
grave ya en vuestras lápidas. Sabed
que nunca más mi canto será vano
y la iluminación de mi dolor
cegará vuestra orgía tenebrosa si abandonáis, por un solo instante,
a este muerto que imita vuestra fiesta,
que os sigue a todas horas. Que se suma, llorando y meditando, a
[vuestro coro.*

*Igual os digo, humanos. Celebrad
lúbricamente, si queréis, negocios; reiros con la espuma de la vida
y con la necedad de vuestros pobres éxitos.*

*Mas no manchéis la blancura
de esta pequeña lápida. Mi verso, escrito en inocente mármol,
va dirigido sólo a los lunáticos,
a los enamorados y los moribundos.
Hay quien teme salir hacia la noche, buscándose a sí mismo. Morir
[quiero
en ejercicio de vuestra verdad y de la mía propia. Solo, como un ciego,
me expongo a los conjuros del vacío
para buscar lo que es sentencia y música:
sombra, poesía y luto de nuestras desamparadas existencias.*

*Lola, si mi dolor contemplas
tal vez. Si no es mentira que las sombras
son alas de otra vida que liberan
el torpe vuelo, cuando con pavor
esa mala conciencia de los hombres se agita entre las sábanas del
[miedo;
tú, a quien yo convoco con amor,
blandiendo los misterios de los campos y el rebotante ardor del
[plenilunio,
dime que estás conmigo, que acompañas
esta canción que canto ante los astros,
desmelenando los aullidos tétricos del solitario en su inclemencia,
[boca
de la desolación que al alto espacio clama,
llevado por la luz de su extravío,
cuando los vivos y los muertos mezclan su enredada existencia en un
[murmullo
de confusión, de sueños y gusanos.*

V

LA LOZANIA SECRETA DE LOS SERES

*Escucha, tú, mi hermano, este rumor,
carcoma de los vivos y los muertos,
y contempla este límite en que tiembla el vaivén de mi infancia
[agusanada
en el desvalimiento y en la tumba abierta
de los recuerdos desgraciados. Cuna*

que mi amorosa Lola mece
entre dos mundos ciegos. Cántico, nana mortal o melodía sin ámbito
que el alto precio paga generoso
de su muerte y mi vida. Como el canto,
toda filosofía participa de aquella condición alucinada que es vivir
[y morir, conjuntamente,
sobre la pobre dimensión del tiempo.
Nunca ha podido el hombre
vivir desde la muerte, ni siquiera
adentrarse en la doblez del ámbito
porque uno excluye al otro en la conducta de los ilusos pasos terre-
Inales.

Mas el dolor me lleva, hoy, agónico,
hasta esa tapia de los cementerios;
hasta esa pesadilla de los límites donde los muertos mezclan su
[enramada
con la espesura de la vida. Bosque rebosado en graznidos y gorjeos
bajo el fuego de luna que borbotó esta celebridad de la tristeza crecida
[en la blancura de los nichos.

Endulza hoy mi voz, Lola Romero.
Si he de cantar con música sombría,
llorando sobre el curso de los ríos la escasez de la dicha y la presura
de aquella amada imagen de lo vivo;
si he de cantar, al fin, tan honda pérdida,
amortajado por la luna tétrica y los harapos de mis sentimientos,
intentaré que mi palabra sea
lúcida y no amarga. Aún conservo
un sacro amor por cada criatura cuya existencia esplende bajo el día
como una flor efímera y hermosa.
Incluso ahora pienso
que la nocturnidad de mis visiones
me harán hallar la lozanía secreta con que cada criatura participa
en la gloria del mundo. Y amaré
la creación confusa y rumorosa, cripta de amores y dolores, de
[exterminios
y reventadas primaveras blancas. Sauce
de vida y muerte juntas cuya imagen, desdoblada en las aguas de las
[horas
por nuestra torpe necesidad, crece en la unívoca
fermentación de sombras, luces y hojas verdes, al aire de la férvida
[existencia.

*Vuelvo ahora a la casa que, en la noche abierta y espumosa de los
[campos,
guarda el sueño a mis hijos. La cocina
me ofrece, nuevamente, su piedad de familiares sombras. Me dispongo
a escribir, a cantar esos rincones donde la oscuridad abre las flores
de su humilde secreto. Y ya me entrego
a vivir. Seco mis ojos, limpio,
ordeno mi existencia. Ya no lloro
porque debo de irme acostumbrando a esta muerte de vivir sin Lola.*

RAFAEL SOTO VERGES

Illescas, 107
MADRID-24